



# Madrid Político.

NUESTROS POLITICOS

**DON MANUEL DE LLANO Y PERSI**



21 ENE 1898



*El de Brabo. Deseñado 1ª y Carbon. 2. Madrid.*

Con tanto ó con más ardor  
que en su juventud florida,  
al fuego del patrio amor  
son los polos de su vida  
la libertad y el honor.

## SUMARIO

TEXTO: Politiquilla, por Enrique.—El sueño de una noche de verano, por Rocaberti.—Siluetas á la pluma: D. Nicolás Salmerón, por Gráfico.—La disciplina, por Chin-Chón.—A otra cosa, por Enrique Segovia Rocaberti.—Letra menuda.  
 GRABADOS: Nuestros políticos: D. Manuel de Llano y Persi.—Amor con amor se paga.—Entre matarifes, por Cilla.



Buena semana para la oratoria.

El triunfo de nuestros amigos nos regocija; la figura de Salmerón, sobre todo, se ha agigantado de tal manera, que á su lado Cánovas parece un moretista, esto es, un niño de teta.

Algo, y aun algo, hemos echado de menos; la discusión no ha debido terminar sin que se hubiera consagrado cariñoso recuerdo á los ausentes, después, por supuesto, de igual cariñoso tributo á los mártires. El olvido fué seguramente involuntario; el ardor de la pelea impidió á los combatientes de nuestro campo fijarse en otros que en los enemigos que tenían enfrente. Fuera de esto, la minoría republicana *de ley* (no confundirla con los republicanos *Meneses*), ha cumplido su deber, desbaratando á los realistas de Cánovas y á los realistas imperantes, por la gracia de aquél.

Los aficionados á las emociones parlamentarias no se quejaron. Algunos han dormido en las tribunas, para no perder el asiento; los encargados de la limpieza se los encontraban al día siguiente, unos, al despertar, pedían la palabra; otros pedían un chocolate.

El sexo débil, la mas hermosa mitad del género humano, como dicen algunos oradores, ha honrado los debates. En estos días solemnes, la servidumbre del Congreso se ve adulada hasta por las clases mas superiores; hay portero a quien no ablandan sonrisas de duquesas. Los billetes son más que las localidades, y se originan conflictos; los de la comisión de gobierno interior parecen acomodadores. Suben y bajan acompañando á señoras, buscando algún hueco en cualquiera parte. En la tribuna de ex-diputados hemos visto á la patrona de uno de la mayoría.

—¿Viene V. á oír á su pupilo?—la preguntó uno de las Cortes disueltas últimamente, un diputado, no un pupilo.

—No, señor—contestó aquella.—Vengo á ver si me paga el mes de Marzo.

—¿Todavía anda ahí?

—No ha llegado siquiera; está en la segunda quincena de Febrero. Yo vengo para que hable en una *solemnidad* así, á ver si gusta y le hacen algo, y me paga.

Los puestos de honor son los de la tribuna de la presidencia.

En la de diplomáticos vieron los ugières á uno que no tenía trazas de pertenecer á aquel cuerpo. Interrogado con qué carácter estaba allí, respondió con serenidad:

—Soy representante.

—¿De qué país?

—De la república... de las letras.

Era un ingenioso bohemio de esos que surten á los amanagues de chistes de los demás.

Los celadores quedaron perplejos. Por fin consultaron el *mapa mundi*, á ver dónde caía aquel país, renunciando á sus investigaciones.

El bohemio aprovechó la ocasión para pedir dos pesetas á un apegado chino.

Pero al anunciar á los ingleses, huyó despavorido sin rematar la suerte, ó lo que es lo mismo, sin descargar el sablazo.

A los archiducales no les llega la camisa al cuerpo. La aparición de un buque fantasma en el puerto de Málaga les tiene intranquilos.

—¿No han leído VV. la misteriosa noticia?

Se trata de un buque de gran porte, que, después de llenar los requisitos sanitarios, desembarcó gentes sospechosas, que se reunieron con otras de tierra.

Hay quien se propone pedir la adopción de medidas extraordinarias, y no falta quien relacione este suceso con la manera de presentarse el Sr. Pi y Margall en la Cámara popular.

Pero esto requiere punto y aparte.

\*  
\*  
\*

—¡Es un escándalo!—¡Eso es una burla sangriental!—  
 ¡Nos ha faltado á todos!—¡El presidente no le debe tolerar!—¡Hay que expulsarle!

Así decían conservadores y fusionistas cuando el Sr. Pi bajó la escalerilla que hay delante de la mesa presidencial.

El Sr. Pi, ya lo saben VV., ha ofendido gravemente al país por presentarse de levita; Pavia no ofendió á nadie cuando arrojó á culatazos á los representantes de la nación. Lo inconcebible es lo que ha hecho el jefe de los federales pactistas; el frac es una prenda tan necesaria, por lo menos, como el acta, para entrar por primera vez en el salón de sesiones.

—No tendrá frac—decía, compadeciéndole, un mestizillo.

—Si que le tiene; yo le he visto con él en la Ópera, en el palco de Santa Marta—objetó no sé quién.

—Pues no se concibe esa provocación.

—Ya ve V.—decía un rural,—yo no tenía frac y alquilé uno por 50 reales, para la ceremonia, hasta que me concluyeran el que me están sacando de la levita de miliciano.

—El día que hable debemos darle un feo. (Frontaura, que estaba en una tribuna, notó que le miraban.)

—¿Vamos á dejar el salón taconeando cuando empiece su discurso?

—¿Traemos pitos?

—¿Y naranjas?

Estas y otras cosas se dijeron. Después se han aplacado los ánimos, y parece que al fin han decidido oír á don Francisco, que, en efecto, tendrá que oír.

\*  
\*  
\*

Se ha hablado de provocaciones y de desafíos que no han madurado. Más vale así.

Al presente se discute la lista civil.

Los republicanos, que no queremos más que gollerías, pedimos, ya que hoy no sea posible la supresión, la rebaja conveniente en la dotación á la familia reinante, teniendo en cuenta la penuria del país.

Pero nos quejamos de vicio, y así nos dan cada revolcón que nos dejan sin habla. Ahí está el sultán de Turquía que percibe, como sultán, treinta y un millones de pesetas, mientras Alfonso XIII se contenta con bastante menos.

¿Qué diríamos si tuviéramos que sostener un harem como los turcos? Aquí no hay odaliscas ni eunucos, y todavía no estamos contentos con nuestras instituciones. Nada, que merecemos un sultán. A algunos hasta les parece excesivo que la casa real sostenga numerosa yeguada, sin tener en cuenta que los reyes han mantenido siempre, y necesitan mantener, á gran número de cuadrúpedos, porque así lo exige el esplendor del trono.

Ya verán VV. cuando vuelva Cánovas; es capaz de establecer un harem regio, y otro para él, en calidad de gran visir. Y eso que ya no le queda más que la afición, porque acabamos de verle muy descompasado.

Aunque al presente toda su política estriba precisamente en un compás.

En un compás de espera.

ENRIQUE.

## EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

FANTASÍA

Medió la noche. La gente se fué de la presidencia, y á solas con su conciencia quedó el señor presidente. Sobre un diván otomano se echó á la larga, á su gusto, durmiéndose como un justo con *El Correo* en la mano (Para llamar á Morfeo y dormir á su placer, no hay cosa como leer los balances de *El Correo*);

y soñó que era el Sagasta del año sesenta y ocho, en lugar del viejo chocho que hoy reniega de su casta; y probando sus pulmones, de envidiable robustez, lo mismo que aquella vez gritó:—¡Abajo los Borbones! ¡Lanzaria con furor aquel jabajo! su pecho, que le oyó desde su lecho el propio Villamejor?

II

Aquel grito faccioso, duro y seco, repetido cien veces por el oído, se percibió en Atocha ronco y grave, llenando atronador el ancho hueco de la desierta y silenciosa nave. Como á la voz de mágico conjuro, se animó, por la vida estremecido, de una estatua yacente el bronce duro, y desde el fondo oscuro levantóse erguido el héroe esclarecido, vencedor de las huestes musulmanas, envuelto en un sudario entretreído con trozos de banderas africanas. Abrió las puertas misteriosa mano, y el caudillo de alientos de gigante, dejó el templo cristiano con aquella actitud, aquel talento, y aquel noble ademán, tranquilo y fuerte, con que en las grandes fechas de su historia, sintiendo la nostalgia de la gloria, al provocar impávido á la muerte, recogía el laurel de la victoria. Llegó á la presidencia. ¿Quién la entrada le franqueó de la oficial morada? ¡Dios lo sabe! Subió los escalones desgastados por tanto pretendiente, atravesó pasillos y salones y dió con el dormido presidente, el sabio, consecuente y hermoso gran visir de los Borbones. Despertóse al rumor de las pisadas y al sonoro crujir de las espuelas de la férrea escultura; sus miradas clavó en la sombra, y exclamando «¡velas!» se levantó indeciso y tembloroso extendiendo la diestra, y al contacto de los dedos de bronce del coloso cayó sobre el diván estupefacto. Recobróse en el acto y murmuró un «¿quién vs?» como un lamento; un rayo amarillento de la luna menguante iluminó un momento el rígido semblante de aquella estatua viva, de mirada tenaz y penetrante y de actitud, sin arrogancia, altiva. —¡Es Priat!—gimió Sagasta agonizante, y ante el noble Marqués cayó de hinojos fijos en él los espantados ojos. —¡Perdón, don Juan!—clamaba balbuciente.— ¿Qué queréis de este misero vasallo?— Y con acento varonil, potente, respondió la escultura:—¡Mi caballo! De mi grito de guerra, en la callada noche, la vibración oí á lo lejos, tal vez la libertad, hoy eclipsada ó apagados sus vividos reflejos, necesita el auxilio de mi espada vencedora en el Bruch y en Castillejos. Pero ¿quién eres tú, que á mi presencia te agitas con pavor mal reprimido? Mas ya comprendo, aquí, en la presidencia, sólo puede tener su residencia el jefe del partido á quien dió sus poderes la Regencia. Quien seas, dime, pues: ¿quién es el hombre que aquí la enseña de Borbón levanta?— Y el presidente, al pronunciar su nombre, sintió helarse la voz en su garganta. —¡Mientes!— con voz de trueno

rugió el aparecido, de indignación y de coraje lleno.— ¡Tú Sagasta! ¡Impostor! ¡Dí que has mentido!

III

Y repitiendo «¡impostura!» nublada su faz severa, prosiguió de esta manera la fantástica escultura. —¡Sagasta? ¡No puede ser! No se entrega á su enemigo el que compartió conmigo la desgracia y el poder. ¡El Ministro de un Borbón, tras combatirles con ira! ¡No puede ser! ¡Es mentira semejante defección! En castigo á tan villanos pensamientos, ahora mismo vas á pagar tu cinismo, vas á morir á mis manos.— Y echándose al cuello, con tal fuerza le oprimió, que el presidente sentía extinguirse el resuello.

Luchando con ansias fieras, cayó de la estatua al pie, lanzó un ¡ay!... y entonces fue cuando despertó de veras! ¡Con qué placer respiró, desahogando sus pulmones, cuando al abrir sus balcones por ellos el alba entró! Y, aun despierto, todavía se sintió el hombre morir de un nuevo susto, al sentir las espuelas de Pavía, que con hebrucas gentiles, aunque hurtao y cejijunto iba á hablarle de su asunto, la prisión de los civiles. Confundirle con aquél ya no es error, es demencia. ¡Apenas si hay diferencia de don Juan á don Manuel!

ROCA BERTI.

## SILUETAS Á LA PLUMA

DON NICOLÁS SALMERÓN

¡Que grat figurá!

Ya la quisiera Cánovas para sí, sobre todo cuando mariposea entre hermosuras, exhibiendo su persona, verdaderamente monstruosa, sin adulación, en los áureos salones de sus apergamina-dos amigos. Las jóvenes le huyen, buscando a Campoamor, que les dice cosas más agradables, y no asusta. ¡Pobre Cánovas! Alguien que haya leído á Víctor Hugo, al ver al ex-presidente conservador en las fiestas deslumbradoras de la corte, recordaría a aquel mendigo de *Notre Dame*, que parecía una oruga arrastrándose por el casco de una naranja.

¿Y por qué hablo yo de Cánovas al esbozar la silueta de Salmerón? Es sencillísimo: porque no se puede hablar del vencedor sin que se recuerde al vencido.

¡Salmerón! ¡Qué memorias tan gratas evoca en mi mente su recuerdo, unido al de los mejores días de mi existencia!

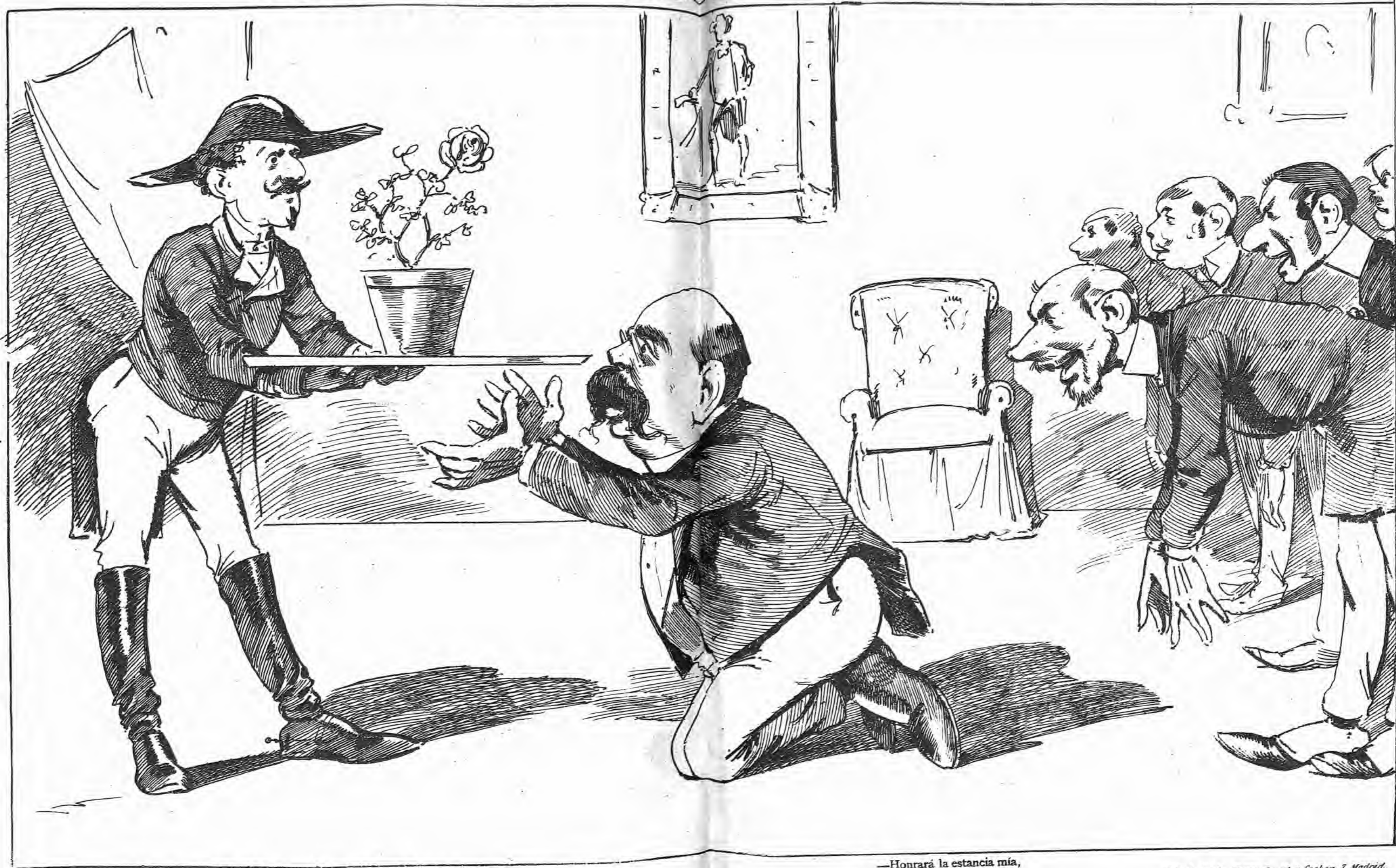
Había en la calle del Olivar un colegio de primera y segunda enseñanza, en donde yo cursaba el bachillerato, en calidad de interno. De los diferentes profesores, recuerdo muy especialmente á dos, que eran, por su carácter, como los dos polos de la naturaleza humana.

Nunca daré al olvido á aquel buen exclaustro profesor de francés, aquel D. Braulio, tan carlista como el que más lo haya sido, con su descomunal sombrero de copa, del que sacaba el pañuelo de hierbas tamaño como una colcha de cama de matrimonio, enfundados anteojos, la petaca, las cerillas y *El Pensamiento Español* ó *La Esperanza*, no recuerdo bien. D. Braulio sabía el francés por haber pasado en Francia larguísima emigración entre los que no quisieron adherirse al convenio de Vergara; por cualquier cosa echaba un *¡voto á los negros!* su juramento favorito. Era un pobre hombre. Le queríamos; pero no le respetábamos, por su familiaridad con nosotros. Tal vez fuera el profesor más amado.

D. Nicolás Salmerón no era el más temido; pero sí el que nos infundía más respeto. No castigaba, porque, fuera de la malas notas, no tenía necesidad de imponer castigos; en su clase se guardaba toda la compostura de que pueden ser susceptibles adolescentes y chiclelos. Debía ser para él aquella una mala época. El sabio, el filósofo que algunos años después había de ocupar el primer puesto en la gobernación del Estado; el futuro Presidente del Poder Ejecutivo, tuvo indudablemente que hacer titánicos esfuerzos de voluntad para no asfixiarse en aquella atmósfera. ¡Era un águila en la jaula de una codorniz.

Cumpliendo estrictamente, pero sin entusiasmo, su magisterio, Salmerón parecía distraído. ¡Quién sabe si desde aquella mezquina plataforma de pino desgastado, elevada algunos centímetros sobre las baldosas, soñaría con la presidencia de las Cortes! Su mirada profunda, honda y penetrante, vagaba sin fijarse en un punto determinado: muchas veces, la frente descansaba largo rato, sostenida por la palma de su diestra, conservando esta actitud durante su corta explicación. Entonces nos creíamos seguros, y charlabamos ó enredábamos sin hacer ruido. Salmerón explicaba varias asignaturas de la sección de Filosofía y Letras, una mañana, en clase de Geografía, me sorprendió, designándome para dar la lección correspondiente. Yo, confiado en la dis-

# AMOR CON AMOR SE PAGA



—Recibid este rosal  
que mi *señora* os envía,  
en prueba de afecto real.

—Honraré la estancia mía,  
sobre el plato de metal  
del cuerpo de artillería.

*Lit. de Brabo, Deseñado en y Carbon, 7, Madrid.*

tracción de D. Nicolás, abrí el libro y le apoyé, ocultándole, detrás de una columna del aula. Empecé balbuciente, pero, no notando movimiento en el profesor, le luego de corrido toda la lección desde el principio hasta el fin.—«Muy bien...»—dijo el sabio maestro, y yo respiré, burlándome, con los demás, de su candidez, y celebrando mi picardía; pero, al sentarme, añadió con su reposada entonación:—«Muy bien... leída, después la estudiará usted.»—Entonces se divertieron todos a mi costa y yo quedé... como Cánovas quedó el otro día enfrente de su portentoso rival. Siempre será un consuelo para mí haber hecho de Cánovas en aquella ocasión.

Pasó algún tiempo; desde el colegio de San José fuimos varios alumnos a la Universidad Central; allí hablábase mucho de Salmerón. La curiosidad nos llevó a su clase; el profesor era otro, estaba trasfigurado. Entre el auditorio había más admiradores que alumnos, codeándose con éstos bastantes hombres encanecidos en el estudio de la filosofía. La fama de Salmerón, ya en esta época, era sobrada para satisfacer la sed de renombre del más ambicioso; Salmerón no se contenta con los triunfos de la Universidad; todavía aquellos horizontes, con ser tan dilatados, no ofrecen a las alas de su inteligencia espacio suficiente para desplegar sus galas de magnificencia incomparable. Tras el aula de la Universidad, el Parlamento.

¿Quién era Salmerón cuando llegó a las Cortes? Los que han inventado para su uso la denominación de *hombres prácticos*, a falta de títulos menos vagos y más científicos, dijeron desdenosamente: «¡Un filósofo más!» Y llegó la discusión célebre que en la crónica parlamentaria se halla llamado «de la Internacional.» El efecto que produjo Salmerón sólo ha tenido igual en el causado por Castelar en su inolvidable rectificación a Manterola. Después de aquel discurso, cualquier encumbramiento era justificado, y nadie mostró sorpresa al verle subir al Ministerio, a la Presidencia de las Cortes y la del poder ejecutivo. Su paso por Gracia y Justicia ha sido citado como ejemplo por amigos y adversarios.

La restauración le alejó de la patria. En la lucha por la existencia, Salmerón acudió a la abogacía, y en París, en tierra extraña, mereció ser calificado entre los primeros hombres del foro, porque D. Nicolás Salmerón es de aquellos privilegiados, que en cualquier parte que se sienten, allí está la cabecera.

De su reciente campaña no hay que hablar. Todavía arrojan chorros de sangre las heridas que ha abierto en las instituciones. Cánovas y Sagasta llevarán entrapajada la cabeza durante mucho tiempo, y Pavia y Martínez Campos andan derrengados, como si hubieran caído desde la Peña de Martos. Pues ¿y éste?

¡Reciba el grande hombre el cariño sincero del discípulo, la admiración del periodista y la gratitud del correligionario!

GRÁFICO.

## LA DISCIPLINA

La disciplina es santa, ¿quién lo duda?  
Sólo el que está demente  
¡Al patíbulo vil el que quebrante  
sus inflexibles leyes!

La disciplina es santa, lo repito  
otra vez y mil veces;  
como que tiene en Dios, fuente de todo,  
su origen y su fuente.

La disciplina es una, indivisible  
inmutable, perenne,  
como lo es la verdad, como Dios mismo,  
que la dictó a las gentes.

Un pastor, una iglesia y un rebaño  
sumiso y obediente,  
que se deja arrancar, sin un balido,  
las lanas y las pieles...

Eso es la disciplina, esa es mi norma,  
y mi ideal es ese.  
Lo que piensan los sabios de real orden  
será lo que yo piense.

Lo que mande mi Obispo, por mi párroco  
que crea y que confiese,  
creeré y confesaré, sin discutirlo,  
sin fatigar la mente.

Si un día soy soldado de la patria,  
por azar de la suerte,  
maure sin ningún remordimiento  
a quien quiera mi jefe.

¡Hay nada más sencillo ni más cómodo!  
¿Cómo habrá quien se queje,  
ahorrándole el pensar, función tan grave,  
tan indigesta siempre?

La disciplina es santa, ¿quién concules  
sus inmutables leyes?  
Un Cristóbal Colón, un Galileo;  
un perdido, un hereje!

¿Que los dos se salieron con la suya?  
Mas no fué sin reveses;  
Colón volvió cargado de cadenas  
al par que de laureles.

Galileo sufrió, como un bandido,  
la prisión y el grillete.  
¿Quién les mereció a los dos a innovadores  
como cualquier pelele?

¡Y Daoiz y Velarde! Otros dos locos  
¿Quién les mandó, rebeldes,  
saltando a la sagrada disciplina,  
salir de sus cuarteles?

¿Que vertían la sangre de la patria  
invasores franceses?  
¿Qué importa? Su deber les exigía  
permanecer inermes.

La disciplina es santa y es muy cómoda  
¿Cómo habrá quien se queje,  
ahorrándole el pensar, función tan grave,  
tan indigesta siempre?

QUIN-QUIN

## Á OTRA COSA

Por esta sola vez, permitánnos los lectores de MADRID POLÍTICO distraer su atención con algo que nos afecta personalmente y que, por tanto, ningún interés puede tener para el público en general, y para nuestros lectores particularmente.

El director de MADRID POLÍTICO, en uso de su derecho, sin faltar a ningún respeto personal, juzgó como tuvo por conveniente el último discurso de un gran orador: la crítica humorística se publicó en un colega con quien nos une estrecha comunidad de ideas, y hasta de intereses. Al día siguiente, un diario político insertaba un suelto en que, sin nombrarle, tratábase de molestar al que suscribe.

Por deficiencias de carácter, al par que de entendimiento, el autor del ataque no ha llegado a formular ofensas que exijan otro correctivo que el encerrado en estos renglones; hablando de calidades de que no tiene idea, ese infeliz, a quien no envidiamos, solo ha conseguido arrancarnos compasiva sonrisa, lamentando que las múltiples exigencias del periodismo obliguen a ésta a utilizar los servicios de seres inferiores que, contrariando su destino y equivocando su vocación, se llamen periodistas, por llamarse algo, y por llenar malamente un hueco en la cédula de empadronamiento.

En más de diez años de periodismo, es este el primer caso de semejante indole que nos ocurre, y sólo servirá para que perseveremos en nuestra actitud independiente, pasando por encima de estas miserias sin detenernos siquiera a lamentarlas.

ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI.



En la mayoría—según uno de sus más autorizados individuos—hay un 20 por 100 de diputados con sentido liberal; un 10 por 100 con sentido democrático; y el 70 por 100 restante, sin sentido común.

No es mal sastre el que conoce el paño.

✱

Raimundo Madrazo pasa por el primer retratista contemporáneo; pero *El Liberal* no le va en zaga.

Véase la clase:

«¿Qué oposición podréis esperar de un diputado republicano»

que deba su entrada en el Parlamento al apoyo de un Gobierno monárquico? ¿Cual de un diputado republicano que para conservar influencia entre sus parciales necesita obtener destinos de los ministros del rey á quienes deba combatir, y sea, merced á la influencia oficial puesta á su servicio, un cacique odioso?

Un diputado republicano de tal fuste, defenderá una política de gran benevolencia hacia el Gobierno enemigo y pregonará como interés de la patria lo que no será más que el pago vergonzoso de las mercedes recibidas.

¡Está cantando!



De una crónica de Ortega Munilla:

«Ha habido reyes que honraban las gradas de su trono teniendo en ellas algunos leones responsables y varios tigres de casa y boca.»

En efecto, alrededor de los reyes ha habido siempre muchos animales.



*El Imparcial*, encarándose con el Sr. Salmerón:

«Eso no es venir á legislar; eso es venir á plantar en las Cámaras el estandarte de la revolución.»

Eso es.

¡Como que á eso le han enviado sus electores!



En *Felipe* se ha estrenado  
*La Gran Vía*.

El publico, entusiasmado,  
sale de allí reventado  
de alegría.



Juicio que ha merecido á *El Resumen* el discurso del señor Salmerón:

«El orador republicano estuvo verdaderamente implacable. Nada ni nadie se escapó á su censura. Cuando terminó su discurso, la Cámara tenía el aspecto de un campo sembrado de cadáveres.»

Verdad. Y cuando Castelar terminó el suyo, el Congreso parecía un campo sembrado de lilas.



Pregúntase un colega muy formal:

«¿Se habrá hecho zorrillista *El Imparcial*?»

Es demasiado pronto todavía.

Ya lo será al caer la monarquía.



No hay que negar que el redactor de la miscelánea de *El Imparcial* tiene mucho ingenio; pero sabemos de qué pie cojea.

Procede de *El Contemporáneo*.

Así no es de extrañar que, escribiendo sobre el procedimiento para sustituir la monarquía con la república, redacte un decreto firmado por Alfonso XIII.

¿Firma ya la nómina?

En otro caso, el redactor H. del periódico de la Plaza de Mateo, propone llamar... al general Pavia.

¿Y qué le llamamos? ¿Algún nombre célebre en la Historia romana?

Convenido.



Cánovas, por Salmerón  
mortificado en lo vivo,  
no sólo perdió el estribo...  
¡perdió hasta la educación!



Un colega dice de Cánovas que es «el pasado con sus retoques.»

¡No le faltaba más á D. Antonio sino que le tomaran por *Asmodeo*!



*El Correo* del lunes:

«Conste que siguen preconizando con audacia los procedimientos de fuerza los amigos del Sr. Zorrilla.»

Conste.



El representante del Conde París ha dicho en un banquete, celebrado en París, en honor del jefe de la casa de Francia, que el partido realista tiene un mismo jefe, una misma esperanza y un mismo fin.

Sobre todo, esto último, el mismo fin. El del pavo.



El Sr. Abascal tiene el propósito de aumentar la colección zoológica del Parque de Madrid.

Una idea, que saque á subasta ó á oposición las vacantes de animales que hay en la Casa de Fieras.

Ya lo saben los que tengan vocación.

En el Ayuntamiento se necesitan animales



Por tierras de don Venancio  
ha habido una tempestad.

¿Lo ve usted, señor González,  
como usted no puede hablar?



A Núñez de Arce le parece mal que á la dotación de la real casa se le llame *lista civil*.

Por mí, llámela V. criminal.



A los monárquicos, el acto del Sr. Pi les merece la calificación de una Pi... tada. ¡Pi... cado se han!



Hablando de Salmerón

varios de la mayoría,

quiere decir, del montón,

así el más joven decía,

ardiendo en indignación:

—Yo le tengo un odio insano,

implacable como intenso.

—¿Por qué?—preguntó un anciano

—¿Porque el anterior verano

me partió con un suspenso!

Después de la promesa (condicional) del jefe pactista:

«Los rurales, los yernos, los escribientes de la mayoría, salieron precipitadamente del salón, para ver de cerca al insigne hombre público, al que ni siquiera de vista conocían.

—¡Diez y nueve mil votos, sin ser yerno de ningún personaje!—decía el hijo político de un Ministro.—¡Qué cosa más rara!

—¿No lleva melena!—exclamaba otro.

—No pega.

—No huele á petróleo.

—Lleva camisa limpia.»

Pero qué, ¿habían creído esos señores que los republicanos llevarían la camisa como ellos el acta?



Rómulo Robledo pide para D.<sup>a</sup> Cristina dos sueldos: uno como viuda, y otro como regente.

¡Eso! Y la cesantía que por clasificación la corresponda, como abadesa que ha sido en una comunidad de su país.



A *El Resumen* no le interesa gran cosa que la dotación de la familia real se denomine *lista civil* ó de cualquier otro modo, y exclama:

«¡Ph! *Le nom ne fait rien à la chose.*»

Y tiene mucha razón:

*El Resumen*, en verdad.

¿Qué importa la variación

no habiendo disminución

ninguna en la cantidad?



Recorto de un colega este comentario á la presentación del Sr. Pi en el Congreso:

«La madrugada del 3 de Enero del 73, triste y fría.

La tarde del 5 de Julio del 86, ardiente y calurosa.

¿Qué fecha memorable seguirá á éstas en la vida parlamentaria del Sr. Pi?»

La fecha no puede precisarse, aunque no está lejana; pero de seguro será también calurosa.

Por de pronto, muchos saldrán aquel día con las orejas calientes.



Un periódico adicto dice que Sagasta, después de no sé qué ceremonia, salió de Palacio molesto por una fuerte irritación.

¡Y creía yo que eran los de la casa los que estaban irritados con D. Praxedes!

Aunque no quita una irritación á otra.



Mucho tiene que purgar

don Cristino hasta morir,

pero bien lo va á pagar,

pues le obligan á escuchar

lo que no quisiera oír.

# MADRID POLÍTICO

## ENTRE MATARIFES



—¿Conque estáis en huelga, Lillo?  
 —Como güenos matarifes.  
 Así es que está el matadero  
 lo mismo que el *Cas de Veye* (1).

(1) Traducción flamenca de Decauville.

## ANUNCIOS

# MADRID POLÍTICO

## SUSCRICIÓN COMBINADA CON «EL PROGRESO»

A los dos periódicos, semestre..... 15 pesetas  
 Idem id., año..... 27 »

En obsequio á los suscritores de *El Progreso*, presentando el recibo de éste, se abre suscripción al *MADRID POLÍTICO* á los siguientes precios: trimestre, 1,50 pesetas; mes, 50 céntimos. Los mismos suscritores á *El Progreso* pueden adquirir la colección completa de nuestro periódico á 5 pesetas, mitad de su precio.

La suscripción no combinada es bajo las condiciones siguientes:

*Madrid*: Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.—*Provincias*: Semestre, 4,50; año, 8.—*Extranjero y Ultramar*: Año, 15.—Número en venta, 15 céntimos; ídem atrasado, 25. A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: FERRAZ, 40, PRINCIPAL IZQUIERDA. Despacho de diez á cuatro.

## EL PROGRESO

Es el diario político de mayor lectura, figurando en lugar preferente en la lista del timbre. Las varias secciones tratan los asuntos del día, política, ciencias, artes, literatura, espectáculos, mercados nacionales y extranjeros, etc., teniendo abierta además una sección especial de *quejas del público*.

*El Progreso* goza gran crédito en España y el extranjero. Sus precios de suscripción, aparte de la combinada, son los siguientes:

MADRID.....	Un mes....	2 pesetas.
	{ Tres meses....	7,50 »
PROVINCIAS.....	{ Semestre....	14 »
	{ Un año....	25 »
CUBA, PUERTO RICO Y FILIPINAS.....	Un año....	12 Ps. fs.
	{ Tres meses....	12 pesetas.
EXTRANJERO.....	{ Semestre....	22 »

Número suelto, 10 céntimos

REDACCIÓN: Valverde, 2, primero

## ANUNCIOS

Se reciben en las oficinas de este periódico y en las de la Sociedad general de anuncios, Carmen, 18.

Los extranjeros, en la Agencia Franco-Hispano-Portuguesa de D. C. A. Szavedra, única encargada de recibirlos.

## CONDICIONES

La suscripción empieza á contarse desde 1.º y 15 de cada mes.

El pago será siempre adelantado y en metálico o februz á la vista.